

KOINONIA

**LA COMUNIDAD DE LOS TESTIGOS
DEL SEÑOR**

JORNADA DE FORMACIÓN

DIÓCESIS DE CALAMA

JUNIO, 2026.

RAÚL MORIS G. PBRO.

...Se mantenían constantes en la enseñanza de los Apóstoles, en la comunión (*koinonía*) en la fracción del pan y en las oraciones. Un santo temor se apoderó de todos ellos, porque los Apóstoles realizaban muchos prodigios y signos. Todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común: vendían sus propiedades y sus bienes, y distribuían el dinero entre ellos, según las necesidades de cada uno. Íntimamente unidos, frecuentaban a diario el Templo, partían el pan en sus casas...





y comían juntos con alegría y sencillez de corazón; ellos alababan a Dios y eran queridos por todo el pueblo. Y cada día, el Señor acrecentaba la comunidad con aquellos que debían salvarse.

La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo era común entre ellos. Los Apóstoles daban testimonio con mucho poder de la resurrección del Señor Jesús y gozaban de gran estima. (Hch 2, 42-47. 4, 32-33)

En el Libro de los Hechos de los Apóstoles, el evangelista Lucas dejó plasmada la memoria de la comunidad apostólica, que, aunque idealizada por el recuerdo agradecido, es modelo y desafío para la vida de nuestras comunidades:

El primer anuncio y la Escucha de la Enseñanza: la comunidad sabe que tiene una primera misión: ser una **comunidad Kerigmática y catequética:** Una comunidad que anuncia (**Kerygma**) a través de sus acciones que ha sido transformada por la Buena Noticia del Señor **Crucificado y Resucitado;** Y una escuela de fe, que entrega de boca a oído, con fidelidad, aquello que de parte del Señor ha recibido: sus palabras y el recuerdo de sus acciones: la **Sagrada Tradición,** que habrá de convertirse en el **Depósito de la fe,** enseñanza que hasta hoy seguimos recibiendo a través del **Magisterio.**





la **Fracción del Pan**: el primer nombre que recibió nuestra Eucaristía es el gesto original de la comunidad y originario de comunidades nuevas, en ese gesto los peregrinos de Emaús reconocen en el forastero al Crucificado, ahora Resucitado y constituido Señor, ese es el gesto que la Iglesia de la primera hora celebrará en memoria del Señor e irá descubriendo en él su propia identidad, la fuente desde donde brota su fuerza y la cumbre a la que apuntan sus esfuerzos.

La **Oración**, hecha en el Templo de Jerusalén, que conectaba a esta comunidad con el peregrinar en la fe del Pueblo de Israel, que al pasar de los años se incorporó en un proceso gradual en la comprensión y vivencia del misterio (**Mistagogía**) a la celebración de la Fracción del Pan, que por obra del Espíritu Santo fue gradualmente develándose como el único Misterio, que aunando la **Acción de gracias**, el **Sacrificio de Intercesión**, y el de **Expiación**; se transformó en la celebración, que en el sacrificio de un solo Cordero, aclama a Dios por la Alianza, alcanza el Perdón y da gracias por la vida que el Señor nos ha dado sin reservas, derramada a manos llenas en la Cruz: la **Eucaristía**.





La ***Koinonía*** (que puede traducirse por **Vida Comunitaria** y también por **Comunión**) es decir, la vida compartida, en la que las experiencias personales se enriquecen, se fortalecen y encuentran eco en las de los demás; vida en común, en la que los primeros cristianos se ejercitaban en la pertenencia, la contención y la corrección fraternas y el cuidado mutuo; La ***Koinonía*** es tan importante para los primeros cristianos que a veces aparece como sinónimo de Iglesia. Si hay un elemento que fue realmente evangelizador fue este: la experiencia de los primeros cristianos que se atrevieron a proponer una manera nueva de relacionarse, de cuidarse, de gobernarse de bien tratarse unos a otros, haciendo este trato extensivo ad extra, es decir, Una actitud misionera.

PARRISÍA

**TESTIGOS A LA ESCUCHA
DEL ESPÍRITU SANTO**

Durante la última cena, Jesús dijo a sus discípulos: “Si ustedes me aman, cumplirán mis mandamientos. Y Yo rogaré al Padre, y Él les dará otro **Paráclito** para que esté siempre con ustedes: el Espíritu de la Verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. (...)No los dejaré huérfanos, volveré a ustedes. (Jn 14, 15-16)

Ahora, Señor, mira sus amenazas, y permite a tus servidores anunciar tu Palabra con toda libertad: **(meta parresias)** extiende tu mano para que se realicen curaciones, signos y prodigios en el nombre de tu santo servidor Jesús: Cuando terminaron de orar, tembló el lugar donde estaban reunidos; todos quedaron llenos del Espíritu Santo y anunciaban decidida y valientemente **(meta parresias)** la Palabra de Dios. (Hch 4, 29-31)





El Libro de los Hechos de los Apóstoles nos regaló en su título un buen desafío al momento de hablar de Iglesia y sinodalidad: **Praxis**. Una modo de actuar que no solo es el de los Apóstoles, sino fundamentalmente el del Espíritu Santo en toda su libertad. No se trata de una doctrina, sino de los modos de poner en práctica lo que el Espíritu Santo nos propone en un ejercicio de la escucha creyente, que nos permite caminar con **Una sola alma, un solo corazón** (Hch 4,32) pero un **corazón oyente** (1Re 3,9).

Esta **praxis** va a ser sostenida por la convicción de que el Espíritu del Señor es el **Paráclito**: el que nos sostiene, el que nos defiende, consuela, aconseja y se manifiesta en las palabras y en las acciones discernidas en la comunidad; lo que se reflejará en el modo en que la comunidad comenzó a caminar de cara a los desafíos de la evangelización: la **Parresía**.

Koinonía y Sinodalidad: Escuchar (y hacerle caso) al Espíritu Santo

...Es necesario que uno de los que han estado en nuestra compañía durante todo el tiempo que el Señor Jesús permaneció con nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el día de la ascensión, sea constituido junto con nosotros testigo de su resurrección».

Se propusieron dos: José, llamado Barsabás, de sobrenombre el Justo, y Matías. Y oraron así: «Señor, tú que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de los dos elegiste para desempeñar el ministerio del apostolado, dejado por Judas al irse al lugar que le correspondía».

Echaron suertes, y la elección cayó sobre Matías, que fue agregado a los once Apóstoles. (Hch 1, 21-24)





Por eso, les enviamos a Judas y a Silas, quienes les transmitirán de viva voz este mismo mensaje:

Al Espíritu Santo, y a nosotros mismos, nos ha parecido bien no imponerles ninguna carga más que las indispensables, a saber: que se abstengan de la carne inmolada a los ídolos, de la sangre, de la carne de animales muertos sin desangrar y de las uniones ilegales. Harán bien en cumplir todo esto. Adiós».

Los delegados, después de ser despedidos, descendieron a Antioquía donde convocaron a la asamblea y le entregaron la carta. Esta fue leída y todos se alegraron por el aliento que les daba (**epi tē paraklēsei**). (Hch 15, 27-31)

...Como el Espíritu Santo les había impedido anunciar la Palabra en la provincia de Asia, atravesaron Frigia y la región de Galacia.

Cuando llegaron a los límites de Misia, trataron de entrar en Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo permitió. Pasaron entonces por Misia y descendieron a Tróade.

Durante la noche, Pablo tuvo una visión. Vio a un macedonio de pie, que le rogaba: «Ven hasta Macedonia y ayúdanos». Apenas tuvo esa visión, tratamos de partir para Macedonia, convencidos de que Dios nos llamaba para que la evangelizáramos. (Hch 16, 6-10)





De allí fuimos a Filipos, ciudad importante de esta región de Macedonia y colonia romana.

Pasamos algunos días en esta ciudad, y el sábado nos dirigimos a las afueras de la misma, a un lugar que estaba a orillas del río, donde se acostumbraba a hacer oración. Nos sentamos y dirigimos la palabra a las mujeres que se habían reunido allí.

Había entre ellas una, llamada Lidia, negociante en púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios. El Señor le tocó el corazón para que aceptara las palabras de Pablo.

Después de bautizarse, junto con su familia, nos pidió: «Si ustedes consideran que he creído verdaderamente en el Señor, vengan a alojarse en mi casa»; y nos obligó a hacerlo. (Hch 16, 11-15)

Recorrer el Libro de los Hechos de los Apóstoles es recoger la invitación a salir en búsqueda del otro, para hacer **comuni3n**, y a partir de este gesto, sin autoritarismo, atreverse a construir la **comunidad de discipulos** que el Se1or quiere; no la de los due1os y se1ores de la verdad, sino la de los **seguidores, aprendices y colaboradores del 1nico** que posee por entero la verdad, porque 1l mismo es la Verdad: **el Esp3ritu Santo**.

Una **Iglesia Sinodal inclusiva y discerniente** no es una Iglesia de Cl3rigos que piensen y act3en por los Laicos, como si estos fueran ni1os, ni una Iglesia de Laicos en an3rquica oposici3n de una Iglesia Clerical; sino la del Pueblo de Dios, que org3nicamente articulado como Cuerpo de Cristo, se empe1a en el ejercicio arduo de acoger y tomar las decisiones que se descubren como llamadas del Esp3ritu, **(que nos interpela a trav3s de todos los canales por los que circula, vertical y horizontalmente, a lo largo ancho y alto del cuerpo entero de la Iglesia)** desde una comunidad puesta a la escucha en oraci3n, con generosidad y libertad.





Configurar una Iglesia, bajo el modelo de una comunidad sinodal supone una disposición para escuchar al otro y al Otro (al Señor que *“nos ha hablado en muchas ocasiones y de múltiples maneras”* (Hb 1,1))

La Sinodalidad exige flexibilidad, capacidad de discernimiento, de búsqueda genuina del Consenso creyente, que más allá del ponerse de acuerdo democráticamente sobre algún punto, se trata de hacer el esfuerzo de llegar a un sentir común con el Espíritu Santo, en un ejercicio orante que escucha al Señor, que nos habla en su Palabra, en la voz de nuestros pastores, en el Sentido de Fe de los fieles y en los Signos de los Tiempos.

Jesús dijo: “El Reino de los Cielos se parece a un tesoro escondido en un campo; un hombre lo encuentra, lo vuelve a esconder, y a causa de la alegría que siente, vende todo lo que posee y compra el campo.

El Reino de los Cielos se parece también a un mercader que se dedicaba a buscar perlas finas, y al encontrar una de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra (...)

¿Comprendieron todo esto?” - “Sí”, le respondieron-

Entonces agregó: “Todo escriba convertido en discípulo del Reino de los Cielos se parece a un dueño de casa que saca de sus reservas lo nuevo y lo viejo.

(Mt 13, 44-52)



MARTÜRÍA

**LA IGLESIA EN SALIDA, PARA DAR
TESTIMONIO DEL AMOR DEL
DEL PADRE**

UNA IGLESIA “EN SALIDA”: UNA HISTORIA DE CAMINOS

El Señor dijo a Abram: «Deja tu tierra natal y la casa de tu padre, y ve al país que yo te mostraré.

Yo haré de ti una gran nación y te bendeciré; engrandeceré tu nombre y serás una bendición.

Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré al que te maldiga, y por ti se bendecirán todos los pueblos de la tierra».

Abram partió, como el Señor se lo había ordenado, y Lot se fue con él. Cuando salió de Jarán, Abram tenía setenta y cinco años. (Gen 12, 1-4)





La Iglesia se reconoce a si misma como Pueblo en Salida: La historia de la Salvación acontece en el Camino. La llamada, el éxodo, el caminar juntos y el rumbo que determina una misión son elementos constitutivos de su identidad.

La llamada y la salida: somos un pueblo de convocados, eso es lo que acontece en primer lugar con Abram, este habría terminado sus días en Ur, pero deja su seguridad y sale en camino al escuchar una llamada, en el propio nombre quedará marcada la huella de esa identidad: su nombre en hebreo: **Qahal** y en griego: **Ekklesía**, remite directamente a esa convocatoria.

El Caminar juntos y la Misión: el Camino (en gr. **Hodos**), es la raíz de palabras como **Éxodo, Sínodo, Método**: la iglesia es una comunidad puesta en marcha para salir al encuentro de otros, y ser portadores de una buena noticia que incluye a todos: ***Serás una bendición... Por ti se bendecirán todos los pueblos de la tierra***, dice el Señor a Abram.

...Había en Jerusalén judíos piadosos, venidos de todas las naciones del mundo.

Al oírse este ruido, se congregó la multitud y se llenó de asombro, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua.

Con gran admiración y estupor decían. “¿Acaso estos hombres que hablan no son todos galileos? ¿Cómo es que cada uno de nosotros los oye en su propia lengua? Partos, medos y elamitas, los que habitamos en la Mesopotamia o en la misma Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia Menor, en Frigia y en Panfilia, en Egipto, en la Libia Cirenaica, los peregrinos de Roma, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, todos los oímos proclamar en nuestras lenguas las maravillas de Dios.

(Hch 2, 1-11)



@ManuOCaro
Misal Romanos 2018



Ha Šavuoth es la fiesta en la que el libro de los Hechos de los Apóstoles sitúa el acontecimiento que va a señalar el punto de partida del ministerio misionero de la Iglesia, fiesta originalmente de las **primicias del campo**, siete semanas después de la primera luna de primavera, (14 de Nisan); fiesta de la **primicia de Dios** para con el pueblo de Israel: la Ley entregada en el Sinaí; acontecimiento que es ahora **Primicia de la Iglesia**: la **Misión** que habrá de diseminar a la Iglesia para que la buena noticia alcance a toda la humanidad dispersa por el mundo entero.

Primicia, porque es el primer fruto de la Resurrección; **Alianza** definitiva que revela el sentido de la Antigua como su prefiguración y preparación, y **envío para la Misión** de anunciar al por toda la tierra y hasta el final de los tiempos, que el momento del Señor está maduro y Él ha decidido salir a nuestro encuentro.

La libertad de acción de Espíritu Santo cambia radicalmente la dirección del movimiento, **Ha Šavuoth** invita a un movimiento **Centrípeto**, desde la diáspora y las periferias a Jerusalén ; **Pentecostés** capacita a la Iglesia para un movimiento **Centrífugo**: el de la Iglesia en salida hacia las periferias destinadas a escuchar **las maravillas de Dios en sus propias lenguas...**

UNA IGLESIA “EN SALIDA”: **EL ANUNCIO DE LA ALEGRÍA QUE NOS URGE**

En aquellos días, **María partió y fue de prisa a un pueblo de la montaña de Judá.**

Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel.

Apenas esta oyó el saludo de María, el niño saltó de alegría en su seno, e **Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó: «¡Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!**

¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme? Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno.

Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor».

María dijo entonces: Mi alma proclama la grandeza del Señor y mi espíritu salta de gozo en Dios, mi Salvador. (Lc 1, 39-46)





La vocación de la Iglesia misionera, que, al ponerse en camino, despierta la conciencia en otros y les permite reconocer la acción del Espíritu Santo que se adelanta incluso a sus pasos y quiere suscitar profetas en cada rincón, se anuncia en la salida de María al encuentro de Isabel.

Un modo de llevar a cargo el envío del Señor se perfila también en la sencillez de este encuentro acontecido en el umbral de esta casa: se trata de una presencia, una disposición a la ayuda y un deseo urgente de comunicar. No hay palabras en el primer momento, solo la alegría desbordante que provoca la experiencia de saber que el Señor está de nuestra parte.

El mensaje más acabado vendrá después: el canto del *Magnificat* cierra el momento, no lo inaugura, la presencia del Señor no se impone con razonamientos y abundancia de palabras, sino desde el calor del corazón de quien se siente amado y escogido, la sola visita ya ha cumplido el propósito misionero: así actúa el **Dios con nosotros**: en la figura de aquellos que salen de sus refugios, se atreven a avanzar en el camino, para convertirse ellos mismos en el Anuncio.

UNA IGLESIA “EN SALIDA”: PONERSE EN CAMINO PARA ANIMAR LA ESPERANZA.

El Ángel del Señor dijo a Felipe: «Levántate y ve hacia el sur, por el camino que baja de Jerusalén a Gaza: es un camino desierto». Él se levantó y partió.

Un eunuco etíope, ministro del tesoro y alto funcionario de Candace, -la reina de Etiopía- había ido en peregrinación a Jerusalén e iba de vuelta, sentado en su carruaje, leyendo al profeta Isaías.

El Espíritu Santo dijo a Felipe: «Acércate y camina junto a su carro». Felipe se acercó y, al oír que leía al profeta Isaías, le preguntó: «¿Comprendes lo que estás leyendo?». Él respondió: «¿Cómo lo puedo entender, si nadie me lo explica?».





Entonces le pidió a Felipe que subiera y se sentara junto a él.

El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era el siguiente: ***"Como oveja fue llevado al matadero; y como cordero que no se queja ante el que lo esquila, así él no abrió la boca. En su humillación, le fue negada la justicia. ¿Quién podrá hablar de su descendencia, ya que su vida es arrancada de la tierra?"***.

El etíope preguntó a Felipe: «Dime, por favor, ¿de quién dice esto el Profeta? ¿De sí mismo o de algún otro?».

Entonces Felipe tomó la palabra y, comenzando por este texto de la Escritura, le anunció la Buena Noticia de Jesús.

Siguiendo su camino, llegaron a un lugar donde había agua, y el etíope dijo: «Aquí hay agua, ¿qué me impide ser bautizado?».

Y ordenó que detuvieran el carro; ambos descendieron hasta el agua, y Felipe lo bautizó.

Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor, arrebató a Felipe, y el etíope no lo vio más, pero seguía gozoso su camino.

Felipe se encontró en Azoto, y en todas las ciudades por donde pasaba iba anunciando la Buena Noticia, hasta que llegó a Cesarea.

(Hch 8, 26-40)



ALGUNOS ELEMENTOS PARA LA MISIÓN

Haciendo una lectura orante del relato del encuentro de Felipe, el diácono y el Eunuco de la reina Candaces, podemos extraer algunos elementos para poner en práctica en la misión:

Una Escucha y un Envío para salir a escuchar: la disposición para escuchar es lo que destaca en Felipe, escucha primero al Espíritu Santo, que lo requiere para otra misión que la inicial, y se pone en camino para salir al encuentro de uno que necesita ser escuchado y comprendido.

Un Camino: como lugar de encuentro entre Dios y los hombres, territorio que se abre para una “Iglesia en salida”, que no busca prosélitos, sino personas que se llenen de alegría con la noticia del amor de Dios.

Una Palabra: *compartida, explicada, interpretada, actualizada*: Palabra que no es de Felipe, ni nuestra, sino de Dios. Palabra que inquieta, que interpela, que conmueve y promueve tanto al misionero como al misionado.

Un gesto: la Inclusión: El eunuco no cabía en la estrechez de la Ley de Israel, sin embargo, entra en el anuncio de Cristo, sin requisito ni discriminación: *“Aquí hay agua, ¿Qué impide que yo sea bautizado?”*

Una Actitud: La Alegría: del Evangelio, del discípulo misionero, del que recibe la noticia del amor de Dios.